

La vejez y la muerte

He deseado redactar esta reflexión a mis amigos con quienes hacemos el camino inevitable hacia la muerte. Nuestra cultura nos ha enseñado a temerle y espantarnos con su negra imagen icónica. Parece algo malo, pero solo es una meta imposible de evitar. Unos llegarán enteros, otros afectados por enfermedades y otros la encontrarán de improviso. Será una carrera corrida, una carrera sufrida o una carrera interrumpida. Lo importante es recibirla con dignidad, pues es la sabiduría de la vida.

Cuando nos damos cuenta de nuestra vejez nos volvemos su amiga, pues ella está enterada de nuestra segura muerte y allí ella deja de ser una enemiga. Pobre del que no quiere envejecer. Más pobre aquel que odia sus canas o sus arrugas. ¿Qué teme? ¿No haber vivido bien?

La enfermedad, de igual manera, debe ser considerada una hermana, alguien con quien debo aprender a convivir y que irá de la mano conmigo hasta el final. Si me sano, será por muchos factores y no la odiaré, pues a un hermano no se le reprocha su presencia. La invitación que hace nuestra razón es que al sentirla como una hermana, no me avergüenzo de ella y la presento como tal para aprender a pasar los días que me quedan a su lado. Si no la acepto lo único que consigo es amargar a los demás, y lo único que necesito al caminar con ella es estar en paz. Tener una enfermedad no es un problema, el verdadero problema es la angustia que llego a sentir por padecerla y esa es la puerta de todos los males.

Todos los animales, por más hábil, grande o poderoso al final morirán. Nosotros también y el sentir que en los años que nos quedan podamos tener de amigos a la vejez y de hermana a la enfermedad, nos hará caminar más serenos hasta la frontera final. No tenemos que vivir pensando en ella, sino vivir sabiendo que el día que la encontremos habremos dejado un legado de sabiduría elemental.

No suframos por nuestros enfermos cuando hayan aceptado su realidad. Comprometámonos en difundir su fortaleza que debe servir de ejemplo a muchos otros que carecen de ella y que no saben mirar y en su andar amargan a los demás.

Aprendamos a vivir mirándole de frente y no como algo que solo le tocó a un cercano o un vecino. Lamentemos su partida, pero regocijémonos en la vida que nos compartió y ayudemos a los que han quedado a darse cuenta que todos, incluso nosotros, somos prestados.